

Tomás Carrasquilla

# Cuentos escogidos 1



Notas y Glosario  
de Leticia Bernal Villegas



Editorial  
Universidad de Antioquia®



Cuentos  
escogidos 1



Tomás Carrasquilla

# Cuentos escogidos 1



Notas y Glosario  
de Leticia Bernal Villegas

Municipio de Santo Domingo  
Editorial Universidad de Antioquia®

© De las obras: Herederos de Tomás Carrasquilla  
© Notas y glosario: Leticia Bernal Villegas  
© De esta edición: Municipio de Santo Domingo y Editorial Universidad de Antioquia®  
ISBN: 978-958-714-828-2  
ISBNe: 978-958-714-827-5

Primera edición: agosto del 2018  
Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia  
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia®

Editorial Universidad de Antioquia®  
(574) 219 50 10  
editorial@udea.edu.co  
<http://editorial.udea.edu.co>  
Apartado 1226. Medellín, Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia  
(574) 219 53 30  
imprenta@udea.edu.co

Carrasquilla, Tomás, 1858-1940  
Cuentos escogidos 1 / Tomás Carrasquilla; Leticia Bernal Villegas, notas y glosario. – Medellín: Editorial Universidad de Antioquia; 2018.  
166 páginas. – (Colección: Literatura)  
ISBN: 978-958-714-828-2  
ISBNe: 978-958-714-827-5  
1. Literatura colombiana. 2. Cuentos colombianos. I. Bernal Villegas, Leticia. II. Título. III. Serie  
LC PQ8179.C3  
863-dc23

Catalogación en publicación de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

# Vagabundos<sup>1</sup>

Amanecer radiante de verano. Un sol que justifica el culto de los incas. Cantar de pájaros y rezo de follaje.

Ramón, con el estómago silbando, se encamina al río, entre bostezos y suspiros.

Al llegar a la orilla, silba también, y canta luego; canta inconsciente aquella jota “En la cuenca de tu mano”.<sup>2</sup> Hace frío, o, al menos, él lo siente. Vacila, se detiene, se rasca la cabeza, pero al fin se resuelve. Siéntase en una piedra, bajo el sauce que sabe de sus pesares y su sentir. ¿Sentir? Acaso no sentiría ya nada, como no fuese hambre y sed, en ocasiones. ¿Qué sabía él? ¿Qué sabe una máquina, una máquina oxidada y sin uso? Mas, ¿a qué cavilaciones y pesimismo? Su

.....

1 Fecha y medio de publicación: *El Espectador*, Medellín, 8 de agosto de 1914. La segunda edición, de 1934, es de la Editorial Atlántida, que lo incluye en su compilación *Dominicales* (pp. 87-96). En esta, la “Nota del Editor” afirma: “El texto original de los cuadros se ha conservado en su totalidad sin alteración alguna, por voluntad expresa del autor”.

2 No se ha encontrado esta referencia.

rumbo estaba marcado, claro y terminante, por el destino inexorable. ¿Quién podía cambiarlo? Se quita los botines, si no torcidos, a punto de rajarse, y descubre esos pies de aristocrático, que hace tiempo no gastan calcetines. Saca un cepillo más que viejo, un trozo de jabón, y, tras el ramaje desmayado, da se a la limpieza de aquella americana de moda anticuada, que fue de nueva negra y es ahora verdosa. Los forros quieren desprenderse, pero no haya cuidado, que nunca faltan alfileres; sigue luego el chaleco, y, por último, los pantalones boqui barbados, con un monóculo inoportuno. ¿Qué hacer? No es su ciencia para enderezar tamaño entuerto, ni los alfileres eficaces para valerle en tal apuro. ¡Qué triste era un hombre roto por el fondo! Por fortuna que la americana era larga, y él, muy erguido; ¡que si no!...

El sol ha de secar el terno, mientras Ramón ejecuta la obra magna de los sábados. ¡Al agua el cuerpo con los trapitos íntimos! Jabón y más jabón, estregar y más estregar. Ahí está la piedra, que, si rompe, limpia. ¡A escurrir tocan!... No queda aquello como ampo de nieve; pero, en fin... ¡Bendita moda la de los cuellos sin almidón! Caso de pulir es el lavado, y pule. Luego el borsalino y el retoque de sabia humedad a la corbata de red atabacada. Ramón se pone el flux a cuero limpio, y un pañuelo en el pescuezo. ¡Lanza tus dardos de sesguereite, sol piadoso, sobre esas galas que te tienden!

Ramón se pasea como un poeta, jugando con una varita de sauce, que por gentileza ha descortezado.

Lo que era afeitarse, él sabía cómo; pero, ¿y el corte de aquel pelo? Si él fuera capaz de ponerle una culebra al mulato de la barbería aquella. ¡Qué delicia, en ese instante, un “carabinazo” bien cargadito de alcohol! ¡Pero ni eso! “El Zarco”, su amigo providente, el hombre que sabía inventar y “analizar”, ni visto ni oído. Ya que no en la cárcel, ¿dónde estaría entonces?

Se comprenderá por esto que el infeliz no es ratero ni pedigüeño; busca la ocasión, implora con el pensamiento, procura se lo adivinen; que en noble cuna fue mecido. Tiempo ha que vive como caballero del milagro. Su padre, un viejo débil y achacoso; su madre, una señora tonta y complaciente, se enervaron con Ramoncito, el deseado, único varón y último fruto. Dueño de sus actos fue desde chiquito. Escuela, cuando él quería; cuando no, la calle con sus encantos y el mundo con su anchura. Su juventud: orfandad, dispersión de sus hermanas, ociosidad y vicios. Flor de un día, cuanto sus padres le dejaron. Grado a grado bajó en pocos años a la hampa miserable, hasta convertirse en uno como expósito, sin techo y sin arrimo. Cumple ahora treinta y cinco años, y, aunque marchito, abúlico y hundido en el marasmo, aún conserva rasgos juveniles. Es una figura insignificante, que no resalta a la vista; un vencido sin luchar, que no se queja ni protesta. La miseria lo ha hecho tímido, a él que nunca fue osado. Como no hurta ni pide, ayuna con frecuencia.

Apenas el sol le hace la obra caritativa, se engalana y se va a unas pesebreras, donde suele ayudar,

de cuando en cuando. Les pica caña a las bestias, y se desayuna con unos cuantos cañutos, que raja habilitado, y con naranjas que ahí mismo coge. ¡Día venturoso! Un viajero, a quien ayuda a ensillar, le da diez pesos por propina. El dueño del cuido, que le traduce los poemas naranjeros, le da otro tanto. ¡Qué riqueza! Ante todo, corte del pelo, café negro, ese café dulcete y peregrino de “El Blumen”,<sup>3</sup> con dos panes, tabacos y un par de “carabinazos” bien violentos. Ha sacado el día.

Como no ha conseguido para cama y no se acuesta en la acera, amanece en “El Blumen”, de pie y silencioso. Nadie le ha ofrecido un vaso de chicha; nadie, un cigarrillo: los conocidos le desconocen, los extraños no le notan. Mas al pasar las gentes para misa primera,

- .....
- 3 Cantina situada, en sus primeros tiempos, en la Calle de las Peruchas (actual Niquitao); era un sitio “muy frecuentado por los bohemios e intelectuales” (Ochoa, *op. cit.*, p. 182). Se trasladó luego a Guayaquil, carrera Carabobo cerca de la avenida Amador (Kurt Levy, *Vida y obras de Tomás Carrasquilla*, Medellín, Bedout, 1958, p. 263, n.º 97), y Ricardo Olano afirma en sus *Memorias* (Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2004, p. 641): “Contaba Hipólito Londoño que ‘cuando tarde en la noche se cerraba el establecimiento [el café La Bastilla], Carrasquilla y sus amigos iban a seguir su tertulia [...] en una sórdida cocina-restaurant, especializada en chorizos fritos, [...] que ellos popularizaron con el nombre de El Blumen’”. Al parecer su propietario fue Rafael Ruiz, padre de Manuel (1891), músico colombiano apodado con el nombre de este local.

entra un camarada: trago, chicharrón y café. Queda solo. Trasiega por ahí. Pregunta por “El Zarco”. Nadie le ha visto. Los trenes pitan, braman. Vase a la estación del “Ferrocarril de Antioquia”. Cuánta animación, cuánta alegría. Muchachas bellas y peripuestas. Ve conocidos, amigos de sus verdes años, con quienes partió sus dineros. No le miran: hay tanta gente. Parte el monstruo, y Ramón Sila se queda en el andén, mirando el humo. Se lo echa el viento a la cara. Es tan denso y tan picante, que por los ojos del mísero asoma agua. A través de ella ve la montaña azul, los sauzales, las casas de los campos, la naturaleza que convida con sus dulzuras. Todos, toditos menos él, tenían voz en el concierto de la vida. Ridículo y tonto que era él, en ocasiones. ¿Pedirle algo a la vida un hombre sin medias y con pantalones rotos por detrás? Pues no faltaba más que a él le diera la llorona, de buenas a primeras. Como hay empleados y curiosos, tose y se enjuga esas lágrimas estúpidas. Enciende un tabaco, se engalla, y, taconeando recio, tira hacia el mercado. Va en busca del pinche de un mesón, algo amigo, a que le proporcione navaja y modo de afeitarse.

Una vez rasurado, fresco y cepilladito, se disipa la nube: que el agua y el aseo de Dios, tanto valen al rico como al pobre. Al salir, siente efluvios de ventura: ve en el comedor unos cachacos bohemios y noctámbulos, que se desayunan por lo trancado, con pericos, morcilla y unos chocolates de canónigo. Los tres son conocidos de otro tiempo; pero no lo conocen, tampoco: está

tan limpio. Sale silbando el “Tápame”.<sup>4</sup> ¿Adónde ir en mañana tan hermosa?

Son las ocho. Grupos de niñas taconean, como corzas presumidas; columpian las escarcelas y apuran el paso para alcanzar la misa. Ramón añora sus amores ventaneros y sus trueques de postales. Los filipichines devotos, sombrero atrás, remangados los pantalones, van fumando cigarrillos pico de oro y cigarros de sortija.<sup>5</sup> A Ramón le amarga el tabaco y lo arroja. Se repecha más, porque se acuerda del roto. El parque le brinda con sus asientos bajo el ramaje, con sus fuentes entre las flores. Entra y se sienta aislado. Estudiantes jovencitos y de vara,<sup>6</sup> compran cuanto les ofrecen, se

- 4 Cuplé con letra de Francisco Yust y música de Ricardo Yuts, popularizada en Latinoamérica por La Goya (Aurora Mañanos Jaufret, 1891-1950). Son sus primeros versos: “En la playa se bañaba / una niña angelical / mientras las olas besaban / su figura escultural. // Al entrar a la caseta / a quitarse el bañador / va y le dice a su bañero / llena de encanto y rubor. // ¡Tápame! ¡Tápame! ¡Tápame! / ¡Tápame! ¡Tápame que estoy / helada...! // ¡Para mí será taparte / la felicidad soñada! // ¡Tápame! ¡Tápame! ¡Tápame! / ¡Tápame! ¡Tápame que tengo / frío...! // ¡Cómo quieres que te tape / si yo no soy tu marido!”.
- 5 Cigarrillos que llevaban de marca una pequeña faja dorada o anular.
- 6 Alude Carrasquilla al Club de la Varita (palabra que utiliza tres frases después) organizado a partir de 1881. Debe su nombre, según Lisandro Ochoa (*op. cit.*, pp. 73-74), “a un bastón delgado y flexible, que llamábamos ‘varita’ y que empezaba a usarse por aquel tiempo [...]; era obligación

hacen lustrar el calzado, ríen, gozan. La fila de autos se despuebla, y principia el canto de sus sirenas y la música de sus carreras. Los coches del lado opuesto entran como aprendices en aquel concierto de la dicha. Ramón está tan nervioso con el trasnocho, que el estruendo se le hace insoportable. Se agacha, y, a falta de varita, traza con un tacón espirales en la arena. ¿Qué dicen esos signos serpentinos? No se aguanta. ¿Por qué haberle dado por el centro, a él que vagaba, tiempo hacía, por los extremos? Con ese traje, ¿cómo atreverse por entre tanta gente endomingada? Acaso en “La República”, tal vez en “La Bandera Roja”<sup>7</sup> pudiera... ¡Allá, de todos modos! Con las manos atrás, en estudiada absorción, encamínase a esas cantinas. Entran con unos comestibles que provocaran a un agripado. Artesanos amanecidos quitan el guayabo con chichas, con jarabes, con pelos de la misma perra, mientras algunos cachaquines de media petaca la inician fervorosos. Ni unos ni otros alcanzan a mirarle. Pide con mucha cortesía un vaso de agua: él también tenía un guayabo que se lo alzaba. Vase a “La Bandera”, y... lo mismo, y otro vaso de agua. ¿“El Kiosko”<sup>8</sup>, entonces? Pudiera ser

.....

de los socios asistir al teatro y a las reuniones sociales con el uniforme convenido, que era vestido de levita, llevando en la solapa un áncora de plata, insignia del Club”. Tenía su sede en la calle Bolívar.

7 La primera, cantina situada en el Parque Berrío y destruida por un incendio en 1916; y la segunda, en la calle San Juan.

8 Situado en la Quebrada Arriba (hoy Avenida La Playa), entre el Puente de Hierro y el de Boston (alrededores del

que allí topase al “Zarco”. Tira hacia allá, por la avenida de la quebrada.<sup>9</sup> Mozos mañaneros, charla que charla, en la terraza del “Club Unión”.<sup>10</sup> Autos que les esperan, autos hacia arriba, autos hacia abajo. Siempre ese canto, siempre ese polvo.

Llega, y pregunta. Nadie ha visto al “Zarco”; pero él sí ve la jarana y el copeo. Se sienta, en espera, en un divancillo de palitroques pelados. ¡Se acabaron los cachacos brindadores! Finge que duerme, y la ficción se convierte en realidad. ¿Qué podrá soñar el triste? Cosa de agonía debe ser lo soñado, porque ronca esterrososo. Un brazo, un brazo fuerte que le sacude, le vuelve a la vida. Todos se han ido y el establecimiento va a cerrarse. Se despereza y sale. Un reloj da las dos. ¡Siquiera! Suenan bandas que anuncian los toros. ¡Oh, los toros! Su pasión, su ideal. Mira al cielo. Felices los gallinazos que gozaban del espectáculo taurino, que no tenían hambre.

.....  
 actual Teatro Pablo Tobón). Sector de humildes casuchas, donde habitaba un buen número de prostitutas.

- 9 Avenida que bordeaba la quebrada Santa Elena que corría por la actual Avenida La Playa.
- 10 Fundado en los años finales del siglo XIX, pronto recabó sus socios entre la sociedad más adinerada de la ciudad. Para la fecha de escritura de este relato, el club tenía su sede en la casa de Juan B. Arango, en la actual Avenida La Playa (Ochoa, *op. cit.*, p. 84; Olano, *op. cit.*, p. 61).

Por “San Francisco” se dirige a “Guanteros”:<sup>11</sup> “El Zarco” tenía por allí ciertos entruches. Pero “El Zarco” no resulta. Baja por San Juan, toma el “Camellón del Medio”,<sup>12</sup> y se sienta al sol, en el poyo del puente. Autos, otra vez. Estaba visto que la polvareda había de ensuciarle la ropa. ¿Estarían abiertas las pesebreras? Calmará el guayabo con naranjas. ¿Por qué no con guayabas, si un clavo sacaba otro? Bien podría encontrarlas allí cerca. Se mete a las mangas, por el portillo de un vallado. Nada. Ni un botón. Tírase en el césped retostado y troncho. Tal se siente, que tiene ganas de llorar, de llorar harto... ¡Eso sí no! Se sacude las hebras de

11 La calle entonces llamada San Francisco es hoy la calle de Niquitao. Sobre Guanteros, uno de los barrios populares más antiguos de la ciudad situado en la parte baja del Cerro de las Cruces y habitado principalmente por artesanos, dice Carrasquilla en la crónica *Medellín: “Camellones”*, escrita en 1919: el “barrio de Guanteros se mantendría, de seguro, en bureo permanente. Pues habrá de apuntarse ahora que este barrio [...] era en [otros] tiempos [...] el lugar nefando y tenebroso de los bailes de garrote, de los aquelares inmundos y de la costumbre hórrida. En esos antros se ofendía mucho a mi Dios y se le daba culto al Diablo. No le cayó candela, pero sí le quebró mucha teja el terremoto de Imbabura. Era entonces un insulto afrentoso decirle a uno ‘Guantereño’. Pero ¡oh mudanzas del tiempo! Guanteros es ogaño la viceversa de antaño. Sus casonas retocadas, muy enlucidas y pintadas, con santos en los zaguanes y matas conventuales en los patios, y su aire levítico, casi religioso, divulgan la gente formal, hogareña y rezandera”.

12 Hoy, carrera Bolívar.

yerba y sale huyendo. Soledades le enferman. Trasiega, aquí y allá, por las tiendas próximas a las estaciones. Siempre igual: conocidos que le desconocen, amigos que no le adivinan. Se va a las pesebreras. Están abiertas; pero la vara malhechora de alguna hada que le odia, solo ha dejado, allá arriba del copo, tres naranjas para muestra. Toma la larga cañabrava; pero está tan torpe y lacio, que nada alcanza. Suda frío y se va a las canoas de las bestias. Torna a la calle y se recuesta en cualquier esquina. Un mero tabaco le ha quedado y está partido. Vase a “La Lámina”,<sup>13</sup> y se sienta, como atónito, en unos cajones, a un lado del mostrador. Otra vez se hace el dormido, mas no se duerme otra vez. A las siete y media se hace el despierto, al pitar gemebundo del tren de abajo. Mas no se levanta. Siente el gentío que atraviesa, calle arriba. Ni le mira siquiera. Desprecio por desprecio. De pronto, “El Zarco”, de pared a pared:

—Viejito —le grita, en cuanto le echa el ojo encima—, ¿tenés pa un carabinazo? Vengo de Bello, más rajao que una yuca.

Que no, contesta, con meneo de cabeza.

—¡Maldito sinvergüenza! ¡Cuándo habías de analizar vos un jediondo peso!

“El Zarco” sale como una hidra, y Ramón Sila, todo amanecido, madrugaba a picar caña a las bestias.

13 No se ha encontrado esta referencia.